

OVIEDO SILVA, Daniel, *El enemigo a las puertas. Portereros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*, Comares, Granada, 2023, 340 pp.

El libro, *El enemigo a las puertas. Portereros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*, de Daniel Oviedo es un trabajo muy interesante y sólido. Es una investigación original y concienzuda sobre la actuación de los portereros en Madrid durante la guerra civil y el primer franquismo. Al mismo tiempo se estudia el trato que recibió este personal de servicio por parte de los vecinos y de la administración en estas etapas tan cruciales de la historia de siglo XX. En su origen este trabajo es fruto de su Tesis Doctoral, pero el libro que ha publicado Comares es una versión muy diferente, mejorada y pulida, adaptada a una monografía científica, pero con proyección de alta divulgación. Es otra forma muy original de acercarse a la historia de la violencia, donde estos profesionales jugaron un papel decisivo y al mismo tiempo fueron objeto de represión. Pero no sólo es eso, siendo ya una aportación muy relevante, ya que se trata de un verdadero trabajo multidisciplinar. Al mismo tiempo es un análisis de historia urbana y de historia social, que enlaza con la historia de la vida privada francesa. Y también representa un estudio sobre la vida cotidiana de una ciudad en guerra, asediada, con el frente bélico a las puertas, bombardeada sistemáticamente por la aviación franquista. Una ciudad que también fue retaguardia y durante meses capital oficial de la República hasta que el gobierno la abandonó a su suerte el 5-6 de noviembre para trasladarse a Valencia ante la inminente toma de Madrid. Además, fue el epicentro de la zona centro militarmente hablando. El profesor Oviedo ha descrito tan detalladamente la vida de algunos edificios y sus porterías que el lector puede palpar el miedo de sus residentes, oler el humo de los bombardeos y sentir el hambre de los vecinos. Esta ciudad, rompeolas de las Españas como escribiría el poeta Antonio Machado, frente y retaguardia, que resistió al asedio, que nunca cayó, sino que fue entregada tras una dura semana de combates en marzo del 39 tras el golpe de Segismundo Casado, sufrió en sus entrañas los efectos de la metralla y de los obuses ya que siempre fue el objetivo de los militares golpistas. Y aunque Mola y los otros africanistas sabían que habría resistencia confiaron en tomarla pronto como ha estudiado de manera pormenorizada el profesor Alejandro Pérez-Olivares, compañero de promoción de Daniel Oviedo, y ambos brillantes alumnos míos de tercero de Licenciatura de la Universidad Complutense.

Lógicamente la deriva del golpe en la ciudad y capital, su fracaso, y la evolución durante la contienda abrió la espita de la violencia y afloraron los ajustes de cuentas en cada casa entre vecinos y /o portereros. Y este es el principal objeto de análisis del trabajo de Daniel Oviedo, que ha resuelto de manera muy solvente y brillante para el lector, pero dejando abiertas muchas cuestiones que podrá desarrollar y ampliar en futuros trabajos. Genera otras muchas preguntas y sugiere

nuevos temas, que abre a medida que va respondiendo a los principales temas planteados. A mí me ha interesado mucho el acercamiento a los mitos sobre los porteros y criados en la literatura franquista de la época como responsables de todas las atrocidades de la época de «dominación roja», aunque queda mucho por explotar. Resulta sumamente interesante y muy necesaria la parte inicial, donde introduce el papel de los porteros desde fines del siglo XIX, demostrando su labor de colaboración con las fuerzas de seguridad en caso de sucesos como asesinatos y robos, pero también haciendo de confidentes sobre el comportamiento ideológico y político de algunos vecinos. En este sentido, aunque cuando una inicia la lectura quiere rápido entrar el tema de la guerra, se da cuenta de la continuidad de funciones de estos trabajadores entre el mundo de la preguerra, la contienda civil y la posguerra. Aunque lógicamente las rupturas que conllevaron el conflicto armado afianzaron la labor de confidentes y controladores de unos y casi espías de otros. En una situación tan amenazante y llena de peligros como el Madrid de la guerra civil, donde unos desconfiaban de otros, las lealtades y la confianza eran unos valores al alza, muy apreciados, y tan deseados como los alimentos. Para sobrevivir en un domicilio en esos tiempos peligrosos era necesario el apoyo y la ayuda de los más cercanos, y más si el vecino en cuestión era un significado derechista en el verano caliente del 36. Era necesaria la protección de familiares y amistades, pero el portero o la portera podían ser cruciales en esa labor ante las preguntas inquisitoriales de comités, de autoridades o del vecindario. En unos casos los porteros protegieron vidas y haciendas de vecinos que incluso eran contrarios a su ideología por fidelidad, agradecimiento o miedo. En otros casos su acción costó detenciones y/o ejecuciones de ciudadanos porque delataron por iniciativa propia, o bien a instancias de investigaciones de autoridades o bien de organizaciones políticas y sindicales.

Tras la toma de Madrid el 28 de marzo de 1939 la situación no mejoró, todo lo contrario. Las autoridades franquistas tenían que limpiar la ciudad roja y resistente, y para ellos los porteros eran piezas decisivas en la caza mayor que se abrió contra *rojos* y tibios. Había llegado la Victoria, no la paz como tan bien afirmó Agustín González en la adaptación cinematográfica de *Las bicicletas son para el verano* de Fernando Fernán Gómez. En este caso los militares responsables del Nuevo Estado abrieron un proceso de depuración, que no respondía a poderes paralelos como en el caso de la retaguardia republicana, sino que fue legislado e instigado por los hombres de la dictadura. Asimismo, este personal de servicio, a veces tan mimetizado con los señores, fue objeto de persecución y castigo tras abrirse el Tribunal de porteros y sus cuestionarios para investigar todo lo que había acontecido durante en todos los edificios durante el «dominio rojo». Por tantos estos trabajadores fueron decisivos en esta nueva dinámica de información y violencia, acudiendo incluso como testigos en los procesos judiciales que se abrió la justicia franquista a todos los defensores de la República en la ciudad de Madrid.

El juego de espejos que contrapone las mismas personas y los mismos edificios en el mundo anterior a la guerra, momento en el que arranca la modernidad en Madrid, durante la contienda y en la dictadura me parece realmente brillante y uno de los grandes logros del libro, pero no el único. También, analiza la condición socioprofesional de los porteros y de las porteras de ese Madrid, con una interesante perspectiva de historia de género. Al final te imaginas las caras y las casas de los profesionales que estudia tan exhaustivamente. Conoces sus problemas, trayectoria, filiación sindical y política, familia o reivindicaciones profesionales. Me quedo con la historia de Santiago Sáez, que incluso estuvo en la Brigada de Agapito García Atadell. Asimismo, es un texto que está magistralmente escrito y muy bien construido, lo que hace muy fácil y amena su lectura.

En definitiva, recomiendo encarecidamente este libro tan atractivo para todos aquellos interesados en la guerra civil o el franquismo, pero también para todo lector de un buen libro de historia, que analiza las vidas de la gente corriente, a ras de suelo, y que tanto sufrió las decisiones de los llamados grandes hombres.

*Ana Martínez Rus*